

LA CRÓNICA

Los semáforos funcionan como pueden

ARCADI ESPADA

Nadie ha escrito, que yo lo sepa, sobre el semáforo. Ni siquiera un ensayo *light* y alegórico, tan del gusto del tiempo. Tampoco he encontrado en las enciclopedias la menor noticia de su historia, de su implantación en la ciudad. Yo, que soy joven, he conocido sin embargo una ciudad donde la instalación del semáforo en los cruces era un relativo acontecimiento. Por tanto, el semáforo masivo, omnipresente, es un artefacto muy moderno. E indispensable. Aunque con matices: Barcelona, por ejemplo, es una ciudad fieramente regida por su disciplina. Para un barcelonés, el semáforo es un dios laico y urbano cuya ley ha de respetarse siempre. Ciego acatamiento que nada tiene que ver con la consideración que al italiano le merece el artefacto: para un italiano, la sentencia del semáforo —si está en rojo, claro— es siempre meramente indicativa. Y para un madrileño, el semáforo es un pillo al que es legítimo —y necesario— burlar. El semáforo da también la medida de asuntos muy graves: seguramente no hay mayor experiencia del *horror vacui* que la de estar varado ante un semáforo un achicharrado mediodía de agosto, mientras ni al lado, ni de frente, ni detrás aparece algo más que el asfalto desolado.

Y el semáforo, el funcionamiento del semáforo, simboliza y describe, probablemente, el grado de atención que los ciudadanos merecen de su gobierno. Un semáforo estropeado, permanentemente estropeado, es un mal augurio que los ciudadanos suelen juzgar muy duramente. Así, hubo un tiempo en Barcelona, hará cuatro o cinco años, en que

el barcelonés asistió a un fenómeno insólito en su reciente memoria: llovía, diluviaba, tronaba, rayos y centellas, en fin, y ahí estaba el semáforo, altivo, perfecto, indemne. Nunca había sucedido nada igual: hasta ese momento las maldiciones genéricas del barcelonés respecto a su ciudad acababan así: "Y además, caen cuatro gotas y ya están todos los semáforos estropeados".

Yo creo que ese tiempo de fluidez y de atención, de técnica al punto ha pasado. Es una impresión personal, de microciudadano. La última noche del aguacero, entre el teatro Poliorama y lo alto de la calle de Balmes conté más de una docena de semáforos rotos. Cierto: la tormenta era fantástica, indescriptible. Lo peor fue que a la mañana siguiente muchos seguían rotos. ¿Por qué han vuelto a romperse los semáforos? Los técnicos de la Vía Pública responden:

—Cuando se mojan las cajas, y en un ambiente de fuerte aparato eléctrico, algunos semáforos se estropean. Ahora y siempre.

—¿Podrían impermeabilizarlas?

—Sí, pero no vale la pena. La *ratio* entre tiempo de funcionamiento real y tiempo de funcionamiento ideal ofrece un resultado contundente: un semáforo funciona el 99,8 de su tiempo. Y de ese 0,2 todavía hay que descontar la mitad, que corresponde a cortes del suministro eléctrico general.

El problema de las estadísticas es que suelen hacerlas los mismos que han de responder de sus hipotéticos resultados negativos. Y el problema del diálogo entre la microciudad (el ciudadano y su experiencia intranferible) y la macrociudad (el técnico

y sus datos) es que a veces se produce en longitud de onda distinta. Sobre el semáforo, la microciudad mantiene otra sospecha, más allá de la lluvia: su sincronía no es siempre la deseable y tal vez el tráfico de Barcelona —y los cambios registrados últimamente— necesitara de un nuevo plan semafórico. Pero el técnico no se inmuta.

—Con el actual volumen de tráfico, la sincronización semafórica es la óptima. No puede mejorarse. No se trata de invertir más dinero, se trata de que técnicamente es imposible: las piezas del *puzzle* no pueden encajar más de lo que encajan.

La microciudad esgrime, sin embargo, sus agravios: el paseo de Gràcia ya no marcha como antes; la coordinación en Mallorca es deficiente; de subida, aparte de Entença, no hay ninguna calle enteramente practicable; hay lugares, sin tráfico transversal notorio, como el paseo de la Zona Franca, donde resulta una tortura pararse a cada semáforo; de norte a sur de la ciudad, ni Balmes, ni Muntaner, ni Pau Claris van como merecen.

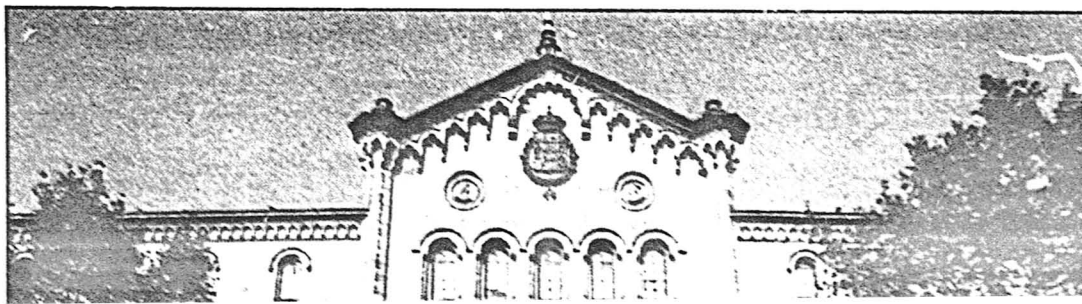
—Insisto, con el actual volumen de tráfico, no hay demasiado que hacer. No se puede aumentar la inteligencia semafórica barcelonesa, porque el problema es matemático: tantos coches bajan, tantos coches suben, tantos coches cruzan transversalmente la ciudad y lo hacen todos al mismo tiempo.

El técnico alega que no hay negligencia. Y más todavía: que con esos mimbres no es posible otro cesto. La fluidez y el orden que dictan los semáforos barceloneses son la fluidez y el orden posibles. Abusiva metáfora, tal vez. Pero meditable.

Actos lúdicos para pedir el 0,7% para los países pobres

CATERINA MILORO, Barcelona

Actuaciones musicales, recitales de poesía y mesas redondas son algunos de los actos que se desarrollan desde ayer y hasta el mediodía de hoy en la sede de la Universidad de Barcelona bajo el lema *Fin de semana por el 0,7%*, con el objetivo de forzar a la Administración catalana a que destine el 0,7% de su presupuesto a ayudar a los países del Tercer

El
la

M. VÁZ

No. No química quiere, en cuanto trata de contenido cuerpo más allá parlar

Por e Quadras a veces aquella buenos res por la el jefe de taluña e del Hon demasia del hume lo tiene, político.

Adem dras es u los pies len el va que el je chirucas parece el vergenci

A su carroñer extensión senta, pa un disgua darle qu ciones an ren llega a la col. está bien Vidal-Q ficación van a ac nadas.

Pero l niet del nes antio fina y a l Jordi Pu sus poder todo, el de las ele padas.

En un nos ocup vez veiar bierno, a